

## **Esa silueta menuda e inquietante como su propia voz, transida y algo ronca**

Rodolfo Alonso

*La Gaceta* – 02/10/1983

Recibo este bello libro y, de inmediato, mi memoria salta de improviso hacia atrás, a aquellos tiempos de la segunda mitad de la década del cincuenta, en que se me aparece la silueta -sólo apenas dos años menor que yo- menuda e inquietante como su misma voz, también transida y algo ronca ambas, siempre para mí con el aire de esos olientes refugiados centroeuropeos que habían sido esparcidos por la Segunda Guerra Mundial. Vino a nosotros, los reunidos alrededor de Raúl Gustavo Aguirre y la revista *Poesía Buenos Aires*, desde su casa en la calle Lambaré, de Avellaneda, con su primer libro, sugestiva y premonitoriamente titulado *La tierra más ajena* (1955), el que firmaba todavía como Flora Alejandra Pizarnik, con el sello editor de esa revista, en la cual también colaboro, iban a aparecer a continuación sus dos libros siguientes: *La última inocencia* (1956) y *Las aventuras perdidas* (1958) (ya que en realidad el de Ediciones Altamar que figura en este último no era más que un alter ego utilizado por el mismo Aguirre).

Vendrían después sus años en París, de apasionado crecimiento y acendradas amistades (gente tan valiosa y singular como André Pieyre de Mandiargues, Octavio Paz, Aurora Bernárdez y Julio Cortázar, entre muchos otros), que se concretan en la madurez de *Arbola de Diana*, editado por Sur en 1962, con un prólogo entusiasta y brillante del citado Octavio Paz, aquí reproducido. La muchacha transida -había nacido el 29 de abril de 1936- consigue hacer oír su voz, su voz pequeña y penetrante, y esa voz comienza a ser oída. Dentro de las limitaciones en que nuestra realidad no cultural coloca al género, la poesía de Alejandra es publicada en revistas y periódicos, editada en libros y, lo que es aún más envidiable, comienza a ser leída. Pero no era evidentemente de pequeñas glorias de ese tipo de lo que podía hacer su alimento. Al vacío anonadante y seductor que siempre había parecido habitarla no le eran suficientes los cálidos afectos o las grandes devociones que ya empezaba a generar. Y aunque algún tiempo antes me tocó compartir con ella y Luis Martínez Cuitiño unos días en que la vi sonriente, distendida y afable, el 24 de septiembre de 1972 puso fin a su vida cuando sólo tenía treinta y seis años.

Con esa innata e instantánea percepción que cree ver en el suicidio (opinión no siempre descaminada, por otra parte) la garantía de una autenticidad, el precio pagado por alguna terrible verdad duramente conquistada y que termina siendo aniquilante, muchos adolescentes (de cuerpo o de alma) quisieron ver en esta nueva Ofelia, en esta devota de la belleza que no pudo enfrentar los combates con la vida, la propia proyección de sus anhelos y sus éxtasis, así como también de sus tragedias y sus duelos. Y un casi silencioso mito -otro nuevo misterio- ha comenzado a ascender lentamente desde esta conjunción de alta y doliente poesía con vida dolorosamente segada por la propia mano.

Y algo hay, lógicamente, de verdadero, de legítimo en todo ello. Algo que no puede ser calibrado porque es inefable. Pero también es lícito advertir que hay un costado secreto de Alejandra, una Alejandra mucho menos angélica, más inquietante, que puede llegar a sorprender a no pocos de sus

adeptos y que a mí, en cambio, me la hace hasta más humana. Es la que comienza a percibirse con la publicación de *La condesa sangrienta* (1969) y que se hace aún más evidente en la segunda parte de los textos inéditos que Olga Orozco y Ana Becciu reunieron el año pasado para el volumen que editó Sudamericana.

Y resulta asimismo imprescindible tener bien presente (como en otros magníficos ejemplos, los de Van Gogh, Artaud o Modigliani, digamos) que lo que está vivo en sus obras es justamente lo que no pudo devorar la muerte o el dolor. Y que esas obras, por serlo justamente, tiran de uno hacia la vida, y nunca hacia la muerte. Así también tenemos aquí entre manos, sin duda, algo concreto: una obra literaria, una obra poética, claramente válida y lograda, y hasta representativa de una generación, por lo menos en una de sus vertientes. Sobre ese trabajo de escritura será posible trabajar también culturalmente, por ejemplo, y ello ha de darnos asimismo respuestas concretas, nuevos hallazgos, nuevas fuentes, las mismas que toda una tarea crítica creadora aún deberá extraer alguna vez del rico veneno de la mejor poesía argentina contemporánea.

¿Y qué decir entonces, que no sea elogioso de este octavo volumen bilingüe de la Collection Nadir, "consagrada a la difusión de los poetas argentinos" creada y dirigida en París por nuestro compatriota, el novelista y diplomático Abel Posse, y que tan límpida y eficazmente está contribuyendo a la difusión, en los medios de habla francesa de uno de los ámbitos más ricos y fecundos, y también más desválidos, de la literatura argentina actual? Es obvio que me parece una excelente idea, y hasta casi increíble milagro su concreción y su persistencia, que se debe, sin duda a la generosidad y el tesón del citado Abel Posse. Las características generales de la colección, cuidadosamente impresa en Venecia y siempre con atractivas portadas de Silvia Madoni, se enriquecen en este caso particular, con la relevante colaboración del conocido hispanista francés Claude Couffon, quien tuvo a su cargo la traducción y presentación de este atractivo volumen, y que ha logrado verter en el idioma de Francia, con la misma intensidad y hondura con que fueron escritos en castellano, esta más que representativa selección de los poemas de nuestra Alejandra Pizarnik.